

Mendigo mental





Heidy Elizabeth Peña Sánchez

Nació el 23 de enero de 1982 en San Cristóbal, República Dominicana. Licenciatura en Educación mención Filosofía y Letras, en la Universidad Autónoma de Santo Domingo (UASD). Maestría en Docencia y Gestión Universitaria, en la Universidad Católica Santo Domingo (UCSD). Ha complementado su formación académica con diversos diplomados y talleres.

Fue directora de los centros educativos José Altagracia Figuereo y Félix Antonio Valenzuela, que pertenecen al Nivel Secundario. Ha impartido talleres de ortografía y redacción para instituciones de enseñanza para adultos. Tiene más de veinte años de experiencia ininterrumpida como docente, en diversas instituciones educativas privadas y públicas; tanto del nivel primario como del superior, entre los que se encuentran Colegio APEC Fernando Arturo de Meriño (Cafam), Universidad Eugenio María de Hostos (Uniremhos) y Universidad Federico Henríquez y Carvajal (Ufhec). En la actualidad es coordinadora de Registro y Control Académico en la Escuela Luis Oscar Uribe Albert, en San Cristóbal; también imparte docencia en la Universidad APEC.

En múltiples ocasiones ha sido reconocida por su excelente desempeño, profesionalismo, dedicación y responsabilidad en el desarrollo de procesos educativos. En 2023 fue premiada en la categoría cuento, en el concurso “Escribir desde las Aulas”, del Ministerio de Educación.

Está convencida de que la Educación es el medio ideal para transformar la vida de un individuo, y que quienes se dediquen a la noble tarea de enseñar deben hacerlo con amor, prepararse continuamente y estar apegados a valores éticos.

Mendigo mental

Heidy Elizabeth Peña Sánchez

El día amaneció con un sol imponente. La brisa le acariciaba el rostro, mientras Juan entretiene la vista con el majestuoso oleaje que a través de sus verdes ojos divisa a la distancia. Don Juan, como era costumbre llamarle en el barrio, entiende que él y su familia se merecen esa vista, ese sol, ese gran día. No había vuelta atrás. Esta es la única época en el año en la que él sacaría a su familia a turistar por alguna provincia del país. Un pensamiento se cuela en su cerebro y lo esboza automáticamente en voz alta: “Qué difícil resulta pagar por una botella de agua; dependiendo sobre todo del lugar donde la vendan, cuesta casi lo mismo que el botellón de agua que compro para uso en la cocina”.

Eso le hace recordar la mirada que da a su mujer en señal de reproche, cada vez que sirve un vaso grande lleno de agua para cumplir la petición de algún familiar, vecino o amigo que llega a la casa a visitar, sin haber sido invitado. Sus dientes se aprietan casi sincronizados con sus puños, en los que se puede visualizar la alteración de sus venas en las manos al ver que ella no entiende su señal y que, al cabo de varios sorbos, le/el visitante le devolverá el vaso con el agua sobrante y esta no servirá ni para hervir los guineos de la cena porque su esposa se opone a esa práctica. Eran constantes sus negativas en cuanto al tema. Es una falta de higiene, según ella, aunque él siempre argumentaba que después de que el agua hierve, se mueren los microbios. “No todo paladar disfruta del agua a temperatura ambiente”, enfatizaba Martha cuando su esposo se enojaba por el desperdicio de agua. En su casa está prohibido conectar la nevera más de un par de horas al día, a pesar de que tienen una conexión eléctrica especial para que la luz no

refleje consumo alguno y que la factura nunca aumente el costo que ya estaba obligado a pagar. Todos en casa, incluido él, morían por un poco de agua fría en el terrible y ardiente verano de este país.

Revisa su estado de cuenta, analiza posibles gastos, agradece el hecho de que su hijo estudie en una escuela pública, que pase todo el día en jornada extendida, ya que el gobierno le quita el peso de mantenerlo en la semana. Además, era liberador no tener que pensar en las cuotas mensuales en las que incurriría si su hijo varón, el sucesor de todo lo suyo, estudiaba en un colegio. Nadie se imagina que don Juan se despierta todos los días a dar gracias a Dios porque su hijo Armando desayuna, almuerza y merienda en la escuela. Resuena en su cabeza el sí avergonzado de su hijo, a la orden de que debía traer a casa la leche, si le daban una extra; “esa sirve para la cena”, le decía.

Ya está decidido, se propone salir muy temprano, pretende que estén de camino cuando la aurora haga su entrada. Está preocupado porque a su hijo ayer no le dieron la leche extra con la que desayunaría antes de salir de casa, le atormenta la idea de que Martha tomaría la única bolsita de azúcar que compraron en el colmado para endulzar el café, así que lo prefería amargo, puro, natural; no porque le gustara o pensara que es más saludable, sino porque era necesario ahorrar. Había comprado azúcar solo para usarla en alimentos difíciles de tragar amargos. “No le pongas azúcar a ese jugo, esa fruta tiene su dulce natural”, decía.

¡Muévete mujer!, sería la frase que usaría para coaccionarla y evitar así el presagio que lo obligaría a gastar más gasolina de lo previsto. Ya

había escuchado que coger carretera con el sol caliente provoca un consumo mayor. Le alteraba la simple idea de sentir los rayos del sol sobre el techo del vehículo, sus caras sudadas y sus cuerpos calientes. Claro que tenía aire el carro, pero si lo encendía gastaría más carburante y estaría más arrepentido de la tan pensada decisión de vacacionar. Así que lo iba a mantener apagado, con la excusa de que la familia disfrutara de la naturaleza y del aire puro.

Todo está listo, piensa que debe poner una recarga de 100 pesos, pero no puede. Más que por la hora de salida, el detalle era que no lo consideraba necesario; si se le presentaba una emergencia, cualquier gentil compatriota le daría un minuto de su celular. Se exaspera al ver a su esposa preparando la comida; piensa que usando lo que se pueden comer en los días próximos, pero calla, enmudece ante la posibilidad de gastar.

“No quiero que salga el sol lejos del lugar”, le dice a su mujer cuando ella pide que se detenga en el cruce de Ocoa. Es cierto que no quiere que salga el sol estando de camino, pero no solo por el calor o por el gasto de combustible; la realidad es que la intención de la mujer no era solamente ir al baño, sino además comprar algunas meriendas en el parador; y antes de que pronuncie ella una palabra, el don le advierte que no puede comprar nada en ese lugar porque lo que venden es muy caro. Que abusan porque compran turistas, que la calidad y las marcas son cuestionables y demás razones que se suman a la inmensa lista de negativas que él tenía. La ve ingresar al lugar con su niño de mano; muchas luces, estanterías, personas circulando, vitrinas con abundante comida, pero sin precios. Camina deprisa, intenta no mirar a los lados para evitar padecer el sufrimiento de un antojo imposible.

Esperan su turno en la larga fila del baño de hombres para que su niño entre y luego el mismo procedimiento para ella; finalmente terminan y vuelven al vehículo. Él, ya desesperado, pone el motor en marcha sin todavía

cerrar bien las puertas. “Mira, 570 pesos de combustible hemos consumido hasta aquí y ya traes en las manos unas galletas saladas”, gruñe don Juan entre dientes.

Retornan a su travesía, porque más que un paseo para su mujer e hijo parecía una travesía. Cualquiera estaría feliz de participar en una aventura como esa; sin embargo, era un constante dormir y despertar que tenían la madre y su criatura. Un viaje como ese va más allá de la emoción de llegar o mirar las inmensas zonas montañosas. Cuando se toma carretera, primero se piensa en lo que se va a comer en el camino y eso no lo podían pensar, mucho menos hacer.

Al don se le disparaba el corazón de tan solo pensar en la llegada al lugar y lo que eso representaba, mientras que él sufría lo que no acontecía; ahora despiertos sus compañeros de viaje, se ensimismaban con el verdor que resplandecía en las montañas, con una larga y solitaria carretera, con la aparición de chivos salvajes y de vez en cuando, el azul intenso de la costa.

Justo ahí, en ese paradisíaco lugar donde se funden río, sol, arena, y playa, Martha pregunta con gran disimulo al mozo: “¿Cuánto cuesta el alquiler de esta mesa?”. Mientras su calculadora mental empieza a reflejar numeritos que le parecen exorbitantes; así que decide por todos que se sentarán a la orilla del río. Martha mira las piedras tratando de elegir alguna, pero no sabe cuál por tanto légamo que las cubre. Mira a su hijo y siente vergüenza de hacer eso, piensa que se merecen más, pero acceden a sentarse. No tienen otra opción. Mueren por destapar los bultos, sus labios y el ruido abdominal se lo exigen, y justo cuando se disponen a hacerlo llega un joven con aspecto de camarero y les pide levantarse del lugar, ya que deben alquilar una mesa o retirarse. Estaba pasando lo mismo que él imaginaba y catalogaba como el peor momento, el cual temía y evitaba.

La barriga grosera sostenida por dos pinchos que simulaban sus pies lo sostiene, y a regañadientes siguen las instrucciones del mozo.

Eligen un conjunto de tablas unidas con clavos que hacen llamar mesa (nada que ver con el grandioso comedor que adornaba la sala de su casa, pero que solo se podía usar en ocasiones muy especiales). De todas formas elige, y la selección fue una con un mantel verde que según él lo ayudaba a mantener la esperanza de que los gastos serían mínimos. Pasa sus dedos por entre las grietas y líneas del mantel y su cerebro amplía el recuerdo de su niñez, entonces le duele pensar que no permite el uso de la cristalería de su casa para evitar que rompan alguna pieza.

Él sigue ensimismado en su mundo, mientras Martha y su hijo empiezan a destapar los alimentos que habrían de ingerir. La mesa es decorada con ollas y cantinas plásticas que contienen un moro de guandules con los granos contados, que estaba frío, pálido, reseco; muy poco para tres personas. En una cantina las piezas del pescado que habían guardado por meses a la espera de que llegara ese día. La brisa propiciaba que el olor a descomposición de eso le entrara por la nariz y empezara a molestar al pequeño, que seguía delgado y con apariencia de enfermo. Por último, sacaron los espaguetis casi helados, blancos, con falta de adobo (que según don Juan, se debía usar a la medida con la excusa de que eso hacía daño al cuerpo).

Después de ingerir varios bocados, el niño se presiona el estómago con mucha náusea y pesadez; su padre lo mira e imagina que el niño finge porque quiere una de las apetitosas carnes que lleva el mozo en la bandeja a unos comensales a su derecha. El don susurra a la esposa que le diga al niño que continúe su almuerzo. El dolor se agudizaba, la palidez se hacía más intensa, parecía que no aguantaba más. Don Juan piensa para sí mismo que Martha debía preparar al niño un agua con azúcar y sal para que mejore, pero razona y entiende que no tienen, que no han llevado al viaje.

El malestar se prolonga, el niño empieza a vomitar y simultáneamente su calculadora mental se activa. Aflora lo costoso que sería trasladarse otros

kilómetros extras para llevarlo a recibir atención médica, que gastaría parte de la gasolina de retornar y tendría que gastar más; y a eso se le sumarían los gastos médicos y las posibles largas recetas. El tormento mayor era que no tenían seguro familiar de salud y los servicios en las emergencias resultaban ser muy altos. El delicado y delgado niño sigue vomitando, una voz venida de su izquierda le propone llamar al 911, con el fin de llegar más rápido y evitar que el niño empeore. De inmediato el padre se niega por miedo a que le fuera a costar algo adicional a lo de la emergencia. Todos a su alrededor lo miran, algunos en forma burlona y molesta. Mientras él se preocupa por el dinero, uno de los bañistas se adelanta y marca el 911 y comienza a relatar la situación e informa la dirección del lugar al agente del otro lado del teléfono.

Llegan los paramédicos en una ambulancia para dar atención médica al niño, pero la situación del pequeño es más grave que lo que puede ocasionar una intoxicación por alimentos, así que deciden llevarlo al centro médico más cercano. Entre el bullicio de algunos bañistas que los siguieron al ver la situación del niño, el ruido de la ambulancia y el llanto de la madre, se escucha la propuesta de llevarlo a un centro médico privado en Barahona, a lo que también se niega por no tener seguro médico. Durante el trayecto solo encontraron centros de atención primaria, los cuales por ser fin de semana permanecían cerrados.

El don se agarra la barba, la cual ya parecía una soga de lana tejida; nunca quiso gastar en rasadoras, pues había que ahorrar para la vejez. Los paramédicos empiezan a bajar al niño de la ambulancia, pues tienen otros pacientes en espera. La madre, llorando, les implora que no dejen morir a su hijo, lo cual sería una tragedia mayor no solo por perder a su único hijo, sino además porque ni siquiera tenían seguro funerario para velarlo dignamente, a pesar de todo el dinero que este hombre había acumulado gracias a sus negocios como distribuidor de arroz en todo el país. “Eso se paga por mucho tiempo y muchas veces viene a usarse cuando uno está viejo, entonces todo ese dinero se pierde”, decía don Juan a su mujer.

La madre evita que lo bajen de la ambulancia. No queda más remedio que seguir hasta el pueblo contiguo, unos cuantos kilómetros de distancia, donde se encuentra una de las clínicas más grandes de los alrededores. El niño sigue mal, lo canalizan, tratan de hidratarlo y le suministran Dramidón para detener los vómitos. “Estamos cerca”, dice el chofer; la madre se angustia, piensa que esos campos no son para nada cerca.

Llegan a la sala de urgencias, la criatura es atendida por el doctor de turno. Este, da órdenes de rápida ejecución a las enfermeras, ellas actúan de inmediato. “Ese niño se ve muy mal”, comentan; “hay que ingresarlo”, interfiere el doctor. El padre se opone tajantemente, ya había escuchado a alguien decir que se debe hacer un depósito previo en efectivo. Muchos de los presentes sienten vergüenza ajena, lo miran con desprecio. No es posible que un padre pueda expresarse de esa manera, teniendo como resolver.

En medio del caos la madre permanece callada, triste y sin esperanza. Ella no produce dinero, tiene carrera universitaria, pero se desempeña como ama de casa porque a ese hombre no le gusta tener gente en su casa, ya que eso implicaría tener que cocinar más y pagar dinero por algo que su mujer puede hacer. Él la mira; ella, con los ojos hinchados por las lágrimas que le recorren el rostro hasta perderse en su pecho, le lanza varias preguntas como un misil sin reversa:

— ¿Tu hijo y yo valemos menos que tu misero dinero? ¿A caso te importa más tu dinero que la vida de nuestro hijo? ¿Dónde carajos está el hombre compasivo y feliz que eras antes de que llegara tu hijo al mundo?

Él la mira, pero no contesta. Ella se acerca a una milésima de distancia e intenta golpear su pecho con los puños, pero él la detiene sosteniendo sus antebrazos para no hacerle daño. El pequeño sigue empeorando.

La enfermera de turno le lleva un manojito de papeles que debe firmar como compromiso de pago y autorización de ingreso. Vacilante,

sostiene en sus manos el manojito de documentos que se encuentra en unas letras casi imperceptibles. Quiere negarse, pero desde el fondo de la sala se escucha al médico decir: “Se nos va”. La madre corre desesperada hasta la sala de urgencias, él la sigue con la mirada llena de angustia y remordimiento. Camina muy despacio hasta llegar a ella, a su espalda, a un milímetro de respiración. Quiere abrazarla, decirle que todo estará bien, que ya firmó los papeles y que no escatimará en gastos para que su hijo se recupere, y que de hoy en adelante todo será diferente. Ella se voltea hacia él con la intención de volver a golpear su pecho, pero sus fuerzas no son suficientes, así que le implora que salve lo único bueno que le ha dado en veintitantos años de amargo matrimonio.

Entre remordimientos, sudores fríos, ojos llorosos y un estruendo que lo obligó a sacudir la cabeza al tiempo que se sentía caer al piso, que sostenía el sillón en el que estuvo sentado toda la noche, dijo:

—Martha, ¿dónde estás, Martha? Ven aquí de inmediato.

Martha, quien se encontraba preparando el moro de guandules y el pescado que llevarían a su paseo familiar el día siguiente, no logra inferir palabra alguna, pues su esposo la interrumpió con una sola oración:

—Cancela todo, nos quedamos en casa.



Fuente: Pexels.com